

pelo negro. En la cabeza llevaba algunas florecitas silvestres, como si su mano distraída las hubiese cogido y colocado distraídamente entre sus cabellos. Aquel adorno, por otra parte, le sentaba á maravilla, y mejor que diamantes, aunque no era esta la opinion de la comedianta; pero la indigencia de su joyero le obligaba á desplegar buen gusto y no adornar una pastora como una princesa.

La jóven dijo de un modo encantador las poéticas y floridas frases sobre las rosas, sobre el céfiro, sobre la frondosidad de las selvas, sobre el canto de los pájaros, por medio de las cuales Silvia impide maliciosamente á Ligdamon hablarle de su llama, aunque este amante encuentra en cada imágen que emplea su bella un símbolo de amor y una transición para volver de nuevo á la idea que le atormenta.

A través de esta escena, Leandro, mientras Silvia hablaba, tuvo el arte de dirigir algunos suspiros hácia el lado del palco misterioso, y lo mismo hizo hasta el fin de la comedia, que terminó entre estrepitosos aplausos. Inútil es que digamos una palabra más sobre una obra que anda hoy de mano en mano. El triunfo de Leandro fué completo; extrañando los espectadores que actor de tanto talento no hubiese aun trabajado delante de la corte. Serafina tenía tambien sus partidarios, y su vanidad herida se consoló con la conquista del caballero de Vidaline, quien, si no valia como fortuna lo que el marqués de Bruyeres, era jóven, lechuguino y estaba en camino de prosperar.

Después de *Ligdamon y Lidias* representóse las *Bravatas del Capitan Estruendo*, que alcanzaron el éxito de siempre y levantaron estrepitosas carcajadas. Sigognac, adiestrado por Blazius y ayudado de su inteligencia natural, estuvo lo más extravagantemente divertido en el papel de Capitan. Zerbina parecia luminosa, tanto brillaba; el marqués, fuera de sí, la aplaudia como un poseído. Tal alboroto movia, que llegó á atraer la atención de la dama tapada, quien se encogió ligeramente de hombros y dejó vagar por debajo de su antifaz

de terciopelo negro, la más irónica sonrisa. En cuanto á Isabel, la presencia del duque de Vallombreuse, sentado á la derecha de la escena, le causaba cierto malestar que hubiera sido visible para el público si hubiese aquella sido una actriz ménos experimentada. La jóven temia de parte del duque algun insolente desahogo, alguna muestra de ultrajante desaprobación; pero sus temores no se realizaron. Vallombreuse no intentó desconcertarla con un mirar demasiado fijo ó demasiado libre, y aun la aplaudió con decencia y reserva cuando lo merecia. Solamente, cuando las situaciones de la pieza atraian sobre el capitan Estruendo trompazos, mojicones y garrotazos, una ligera expresion de desden contenido se daguerreotipaba en las facciones del jóven duque. Sus labios se contraian orgullosamente; como si en baja voz hubiese dicho: ¡Qué asco! Mas nada dejaba comprender los sentimientos que podian agitarle interiormente, y durante toda la función guardó una actitud indolente y soberbia. Aunque violento de naturaleza, el duque de Vallombreuse, disipado ya su furor, era demasiado noble para permitirse nada contra las leyes de la cortesía hácia un adversario con quien debia medir su acero el dia siguiente: hasta entonces las hostilidades estaban suspendidas, y era como una tregua de Dios.

La dama tapada se habia retirado poco antes de terminar la segunda pieza, para evitar encontrarse entre la muchedumbre, y poder así llegar sin ser vista hasta la silla de manos que la aguardaba á algunos pasos del juego de pelota. Su desaparición dió mucho que pensar á Leandro, quien detrás de un bastidor vigilaba la sala y seguia los movimientos de la mujer misteriosa.

Echándose apresuradamente la capa sobre su traje de pastor del Lignon, Leandro se precipitó hácia la puerta de los actores, para seguir á la desconocida. El delgadísimo hilo

que unia uno á otro iba á romperse si no se apresuraba. La dama, salida por un instante de las sombras, iba á entrar de nuevo en ellas para siempre, y la intriga, apenas en embrión, abortaba. A pesar de haberse apresurado hasta perder el aliento, Leandro, cuando se encontró en la calle, no vió á su alrededor sino las negras casas y las profundas callejuelas entre las tinieblas de las cuales temblaban algunas linternas llevadas por criados que escoltaban á sus amos, y cuya luz se reflejaba en los charcos llenos de agua pluvial. La silla, llevada por robustos portadores, habia ya doblado la esquina de una calle que la ocultaba á las miradas del apasionado Leandro.

—Soy un estúpido,—se dijo con esta franqueza que uno á veces usa consigo mismo en los momentos desesperados.—Yo hubiera debido salir despues de la primera pieza, ponerme mi traje de calle y aguardar á mi desconocida á la puerta del teatro, hubiese ó no ella quedándose para ver las *Bravatas del Capitan Estruendo*. ¡Ah! ¡animal! ¡ah! ¡tonto! ¿una dama de alto copete, pues de fijo que lo era, te miraba con lánguidos ojos y desfallecia debajo de su máscara al verte en la escena, y no has tenido valor de correr tras ella? Mereces tener toda la vida por amantes boconas, mondongas, Gothonas y Maritornes de manos callosas á fuerza de manejar la escoba.

Aquí llegaba Leandro de su razonamiento interior, cuando un como pagedito, vestido con una librea oscura y sin galones y llevando un sombrero metido hasta los ojos, se irguió de súbito y como una aparicion delante del actor, y le dijo con voz de timbre infantil, que el muchacho intentaba ahuecar para disfrazarla:

—¿Sois vos el señor Leandro, quien, poco há, hacia el pastor Ligdamon en la comedia del señor de Scudery?

—Yo soy en carne y hueso,—respondió Leandro.—¿Qué quereis de mí y en qué puedo serviros?

—¡Oh! gracias,—dijo el page,—no deseo nada de vos; tengo tan sólo el encargo de repetiros una frase, si es que

os hallais dispuesto á oirla, una frase de parte de una dama tapada.

—¿De parte de una dama tapada?—exclamó Leandro,—¡oh! ¡decidla al momento! ¡la impaciencia me mata!

—Pues héla ahí palabra por palabra,—dijo el page:—«Si Ligdamon es tan valiente como galante, hállese á media noche cerca de la iglesia: una carroza le aguardará; suba á ella y déjese conducir.»

Antes que el asombrado Leandro tuviese tiempo de responder, el page se habia eclipsado, dejándole por demás perplejo respecto de lo que debia hacer. Si el corazon le brincaba de alegría á la idea de afortunada aventura, las espaldas le temblaban al recuerdo de la paliza recibida en cierto parque, al pié de la estatua del amor discreto. ¿Le tendia algun salvaje celoso de sus encantos un nuevo lazo? ¿Iba á encontrar en el punto de la cita algun marido furioso, con espada en mano, presto á matarle y á cortarle la garganta? Estas reflexiones helaban prodigiósamente su entusiasmo, pues, ya lo hemos dicho, Leandro no temia nada, sino los palos y la muerte, como Panurgo. Sin embargo, si no aprovechaba la ocasion que bajo un aspecto tan favorable y novelesco se le ofrecia, quizás no volveria á presentársele jamás, y con ella se evaporaria el bello ideal de su vida, aquel sueño que tan caro le costaba en pomadas, cosméticos, batistas y galas. Luego la bella incógnita, si él no comparecia, le sospecharia cobarde, cosa horrible tan sólo al pensarlo y que prestaria valor á los más gallinas.

—¿Pero,—decia para sus adentros el cómico,—si esa bella por quien voy á exponerme á que me rompan los huesos y me empozen en oscuro calabozo, fuese una viuda embadurnada de carmin y blanquete, con cabellos y dientes postizos? No faltan viejas verdes de este calibre, vampiros de amor que, diferentes á los de los cementerios, les gusta alimentarse de carne fresca. ¡Oh! no; mi desconocida es jóven y llena de atractivos, estoy de ello seguro. Lo que de su cue-

llo y de su garganta veían mis ojos era blanco, torneado, apetitoso, y prometía maravillas para el resto! ¡Sí! iré, subiré á la carroza. ¡Una carroza! nada más noble y de mejor porte.

Tomada esta resolución, Leandro volvió á las *Armas de Francia*, probó apenas bocado de la cena de los cómicos, y se retiró á su cuarto donde se adonizó lo mejor que pudo, no escatimando ni la tela de batista bordada, ni el polvo de iris, ni el almizcle. Tomó también una daga y una espada, aunque no fuese muy capaz de servirse de ellas si el caso lo reclamaba; pero un amante armado impone siempre más respeto á los celosos impertinentes. Calóse luego el sombrero hasta los ojos, se embozó á la española en una capa de color oscuro, y salió de la posada de puntillas, teniendo la dicha de no ser visto del malicioso Intrigante, que roncaba como un bendito en su cuarto situado al extremo opuesto de la galería.

Hacia ya mucho tiempo que las calles estaban desiertas, pues Poitiers se metía temprano entre sábanas. Leandro no encontró alma viviente, salvo algunos escuálidos gatos que correteaban melancólicamente y que al ruido de sus pasos desaparecían como sombras por debajo de una puerta mal unida ó por el respiradero de una bodega. Nuestro Tenorio desembocó en la plaza de la iglesia en el momento que sonaba la última campanada de la media noche haciendo con su lúgubre sonido huir los buhos del viejo campanario. La vibración siniestra de la campana en medio del silencio de la noche causó en el ánimo del poco tranquilizado Leandro un horror religioso y secreto. Parecióle oír su propio toque de agonía, y por un instante estuvo tentado de retroceder ó ir prudentemente á estirarse entre sus sábanas en vez de correr aventuras nocturnas; pero vió la carroza que aguardaba en el punto designado, y al pagecito mensajero de la dama tapada, que, de pié en el estribo, tenía la portezuela abierta. No había medio de retroceder, pues poca gente tiene el valor de ser cobarde delante de testigos. Leandro había sido visto por el muchacho y el cochero; avanzó pues con ademán re-

suelto, ademán que desmentía interiormente un fuerte latido de corazón, y subió á la carroza con la intrepidez aparente de un Galaor.

Apenas Leandro estuvo sentado, el cochero tocó sus caballos que emprendieron un trote sostenido. Profunda oscuridad reinaba en el interior de la carroza; aparte de que la noche era tenebrosa, cubrían los cristales de aquella cortinillas de cuero, que no permitían distinguir nada del exterior. El page había quedado de pié en el estribo, y era de todo punto imposible trabar conversación con él ni sacar la menor aclaración. Parecía, por otra parte, muy lacónico y poco dispuesto á decir lo que sabía, si es que sabía algo. Nuestro cómico tanteó los almohodanes, que eran de terciopelo capitonado; sentía debajo de sus piés una tupida alfombra, y aspiraba un suave perfume de ámbar que despedía la tela de que estaba forrada el interior de la carroza, testimonio de elegancia y de refinamiento. No cabía duda que era á casa de una persona de distinción hacia donde le llevaba tan misteriosamente el coche. Leandro intentó orientarse, pero conocía poco á Poitiers; sin embargo le pareció, al cabo de algún tiempo, que el ruido de las ruedas no era repercutido por pared alguna, y que la carroza no atravesaba ninguna charca. Caminábase por los afueras de la ciudad, por el campo, hacia algún retiro propicio á los amores, y á los asesinatos, pensó Leandro temblando ligeramente y llevando la mano á su daga, como si algún marido sanguinario ó algún hermano salvaje estuviese sentado delante de él en la sombra.

Por fin la carroza se detuvo. El pagecito abrió la portezuela; Leandro echó pié á tierra, y se encontró frente de una alta y negruzca pared que le pareció ser la cerca de algún parque ó jardín. Pronto distinguió una puerta que por el color oscuro de su agrietado maderamen gastado y cubierto de musgo se confundía con las piedras del muro. El page oprimió uno de los enmohecidos clavos que sujetaban las tablas, y la puerta se entreabrió.

—Dadme la mano,—dijo el page á Leandro,—yo os guiaré; la oscuridad es demasiado densa para que vos podais seguirme á través de este laberinto de árboles.

Leandro obedeció, y ambos caminaron durante algunos minutos por entre un bosque todavía bastante frondoso, aunque muy despojado por el invierno, y cuyas secas hojas crujían debajo sus piés. Al bosque sucedió un parterre dibujado por bojés, y adornado de arbustos cortados en forma de pirámide que tomaban, en la oscuridad, vagas apariencias de espectros ó de hombres que hacían centinela, cosa más espantosa aun para el miedoso cómico. Atravesado el parterre, Leandro y su guia subieron una rampa sobre la cual se elevaba un pabellon rústico coronado de una cúpula y adornado de macetas en sus ángulos. Estos detalles fueron observados por nuestro cómico á esa oscura luz que esparce siempre el cielo, de noche, en un sitio descubierto. Aquel pabellon hubiera parecido deshabitado, si un débil resplandor encarnado, que pasaba á través de una espesa cortina de damasco, no hubiese teñido de púrpura una de las ventanas cuyo luminoso cuadro se destacaba sobre el fondo oscuro de la masa.

Sin duda detrás de aquella cortina era donde le aguardaba la dama tapada, agitada á su vez, pues en las calaveradas amorosas las mujeres arriesgan su buena reputacion, y á veces su vida, lo mismo que los galanteadores, por poco que sus maridos sospechen la cosa y se encuentren de un humor de perros. Pero en aquel instante Leandro ya no sentia miedo; el orgullo satisfecho le ocultaba el peligro. La carroza, el page, el jardin, el pabellon, todo trascendia á la dama de elevada alcurnia, y la intriga iba enredándose de una manera que nada tenia de vulgar. El cómico se hallaba en la gloria, y sus piés no tocaban el suelo. Tanta era la satisfaccion que experimentaba, que se hubiera dejado cortar un dedo para que el burlon Intrigante presenciase su gloria y su triunfo.

El pagecito empujó una gran puerta vidriera y se retiró,

dejando á Leandro solo en el pabellon, que estaba amueblado con esquisito gusto y magnificencia. La bóveda formada por la cúpula representaba un cielo de un azul ligeramente turquí, en el que flotaban rosadas nubecillas y amoreitos en diversas y graciosas actitudes. Una tapicería representando algunos pasages de la *Astrea*, novela de Honorato de Urfé, revestia blandamente las paredes. Papeleras incrustadas de piedras duras de Florencia, sillones de terciopelo carmesí con randas, una mesa cubierta con un tapiz de Turquía, vasos de China cargados de flores, á pesar de la estacion, demostraban que la dueña de la morada era rica y de elevado linaje. Brazos de negro mármol, partiendo de dorados mangos, formaban candelabros, y esparcian la claridad de sus bujías sobre aquellas magnificencias. Deslumbrado por tanto esplendor, Leandro no notó de momento que no habia nadie en aquel salon; quitóse la capa, que colocó con su fieltro encima de una silla de tijera, dió, delante de un espejo de Venecia, una inclinacion más graciosa á uno de sus bucles, cuyo contorno estaba comprometido, tomó la actitud más elegante de su repertorio, y paseando en torno de sí la mirada, dijo para sus adentros:

—Pero, ¿dónde está la divinidad de estos lugares? veo el templo, sí, pero no el ídolo. ¿Cuándo va á salir de su nube y revelarse, verdadera diosa por su andar, segun la expresion de Virgilio?

Aquí llegaba Leandro de su fraseología interna, cuando el borde de una cortina de damasco encarnado de Indias se levantó, dando paso á la dama tapada admiradora de Ligdamon, la cual llevaba todavía su antifaz, con gran inquietud de nuestro cómico.

—¿Será fea?—pensaba este,—este amor por el antifaz me alarma.

Su temor duró poco, pues la dama, avanzando hácia el centro del salon donde se mantenía respetuosamente Leandro, deshizo el lazo de su carátula y la tiró sobre la mesa,